



S E R M O N
P A R A E L J U E V E S
D E L A P R I M E R A S E M A N A
D E Q U A R E S M A.
S O B R E L A O R A C I O N.

Miserere mei Domine fili David.

Señor , Hijo de David , tened misericordia de mí. *Matth. 15. v. 22.*

DE este modo gime una alma movida de sus miserias , que recurre al Medico Soberano en cuya misericordia solamente espera hallar su remedio. De este modo oraba antiguamente una muger Cananéa , que queria alcanzar del Hijo de David la salud para su hija. Persuadida de su poder , y esperandolo todo de su misericordia para con los infelices , no conoce medio mas seguro de ganarle que los clamores de su dolor , y la sencilla relacion de su infortunio. Este es el modelo de oracion que hoy nos propone la Iglesia para animarnos y enseñarnos á orar. Esto es , para hacernos mas amable
y

y familiar esta obligacion , la mas esencial de la piedad christiana.

Porque , Católicos , orar es la primera condicion del hombre , y por hablar en frase del Espiritu Santo , es todo el hombre.

Sí , Católicos , el mundo entero , en medio del que vivimos , no es mas que una continuada tentacion. Si todos los estados en que nos hallamos , y todos los objetos que nos rodean parece que se unen con nuestra corrupcion , ó para debilitarnos , ó para engañarnos ; si las riquezas nos corrompen , la necesidad nos inquieta , la prosperidad nos ensoberbece , la afliccion nos abate , los negocios nos disipan , el descanso nos entorpece , las ciencias nos hinchan , la ignorancia nos extravía , las concurrencias nos distraen , la soledad nos cansa , los placeres nos engañan , las obras santas nos llenan de propia estimacion , la salud aviva las pasiones , la enfermedad engendra tibieza ó murmuraciones ; en una palabra , si despues que cayó la naturaleza , todo quanto nos rodea nos sirve de nuevo peligro ; en un estado tan deplorable , ¡oh Dios mio ! ¿ qué esperanza de salvacion puede quedar al hombre , sino el dirigir continuamente hácia el trono de vuestra misericordia sus gemidos , para que Vos mismo os digneis de venir á socorrerle , á poner freno á sus indómitas pasiones , á aclarar sus errores , sostener su flaqueza , suavizar sus tentaciones , abreviar las horas del combate , y levantarle de sus caídas.

Luego el Christiano es un hombre de oracion : su origen , su estado , su naturaleza , sus necesidades , su mansion , todo le avisa de que debe orar. La misma Iglesia , con la que le incorporó la gracia de la regeneracion , es estrangera acá en la tierra , y siempre está gimiendo y llorando. No conoce á sus hijos , sino por los suspiros que continuamente envian hácia su

Patria; y el Cristiano que no ora, él mismo se separa de la Congregacion de los Santos, y es peor que un infiel.

¿De qué proviene pues, Católicos, que una obligacion tan esencial y aun de tanto consuelo para el hombre se halla hoy tan despreciada? ¿De qué proviene que se mira como una obligacion triste y molesta, ó como ocupacion que solamente pertenece á las almas retiradas; de modo que los que nos oyen apenas hacen caso de nuestras instrucciones acerca de la oracion, persuadiendose á que éstas son mas propias para los Claustros, que para la Corte?

¿De qué proviene este abuso, Católicos, y este universal olvido de la oracion en el mundo? Proviene de dos pretextos que pretendo hoy impugnar: primeramente dicen algunos, que no oran porque no saben orar, y porque en esto pierden el tiempo: en segundo lugar dicen otros, que no oran, quejandose de que no hallan en la oracion mas que distracciones del espiritu, que se la hace insípida é insufrible. El primer pretexto le deducen de la ignorancia en que se hallan del modo con que se debe orar; el segundo de los disgustos y dificultades de la oracion; y así primeramente es preciso enseñaros á orar, pues no lo sabeis; en segundo lugar, facilitaros el uso de la oracion, pues hallais en ella tanta dificultad y trabajo. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Los preceptos que yo os intimo, decia el Señor en otro tiempo á su pueblo, no exceden vuestras fuerzas ni la capacidad de vuestro espiritu. No son unos secretos escondidos en el cielo, de modo que podais decir: ¿Quién podrá llevarnos allá para descubrirlos y comprenderlos? Ni tampoco son una ciencia que se halla de

de la otra parte de los mares, para que podais decirme, ¿cómo los hemos de atravesar para instruirnos en ella? Son unas obligaciones proporcionadas á vuestras fuerzas, y que están cerca de vosotros, que las podeis cumplir con vuestra boca y con vuestro corazon, de modo que no teneis excusa que alegarme si dexais de observarlas: *Sed juxta te est sermo, in ore tuo, & in corde tuo, ut facias illum. (a)*

Lo mismo que dice el Señor hablando en general de todos los preceptos de su santa ley, esto es, que no es menester ir á buscar su ciencia fuera de nosotros, y que podemos cumplirlos todos con nuestra boca y con nuestro corazon, se puede con mas particularidad decir del precepto de la oracion, que es como el primero y mas necesario de todos.

No obstante, regularmente opone el mundo á este precepto, que no sabemos que decir á Dios quando vamos á la oracion, y que ésta es un secreto del que hasta ahora nada hemos podido conocer. Digo pues, que este pretexto tiene su raíz en tres injustas disposiciones. La primera, en que nos engañamos en la idea que formamos de la oracion. La segunda, en que no conocemos suficientemente nuestras miserias y necesidades. La tercera, en que no amamos á nuestro Dios.

Digo primeramente, que nos engañamos en la idea que formamos de la oracion. A la verdad, Católicos, la oracion no es un esfuerzo extraordinario del alma, una coordinacion de ideas, y una penetracion profunda de los misterios y de los consejos de Dios; es un simple movimiento del corazon, un gemido del alma vivamente movida á vista de sus miserias, un sentimiento vivo y oculto de nuestras necesidades y de nuestra flaqueza, y una hu-

(a) Deuter. 30. v. 14.

humilde confianza con que nos ofrecemos al Señor para alcanzar la libertad y el remedio. La oracion no supone en el alma que ora, ni grandes luces, ni conocimientos raros, ni un entendimiento mas sublime y mas cultivado que el de los demás hombres; solamente supone mas fé, mas compuncion, mas deseo de librarse de sus tentaciones y miserias. La oracion no es un secreto ó una ciencia que se aprende de los hombres, un arte y un método desconocido, acerca del qual se necesite consultar maestros hábiles para saber las reglas y los preceptos. Los medios y las máximas que en nuestros dias han querido darnos sobre este asunto, son unos caminos singulares, que no deben proponerse por modelos, unas vanas especulaciones de entendimientos ociosos, ó un fanatismo que guia á todos los desordenes, y que lejos de edificar á la Iglesia, merece sus censuras, y ha dado á los impíos motivo para burlarse de ella, y al mundo nuevos pretextos de desprecio y de disgusto de la oracion. La oracion es una obligacion acerca de la qual todos nacemos instruidos; las reglas de esta ciencia divina solamente están escritas en nuestros corazones, y el espíritu de Dios es el único Maestro que las enseña.

Una alma sencilla é inocente que está penetrada de la grandeza de Dios, acobardada con el terror de sus juicios, movida de sus infinitas misericordias, que no hace mas que humillarse en su presencia, confesar con la sencillez de su corazon sus bondades y sus maravillas, adorar las ordenes de su Providencia para con ella, aceptar en su presencia la Cruz y los trabajos que la impone la Sabiduría de sus consejos; que no conoce oracion mas sublime, que el contemplar en la presencia de Dios la corrupcion de su corazon; gemir por su dureza y su oposicion á lo bueno; pedirle con una fé viva que la convierta, que destruya en ella aquel hombre de pecado, que á pesar de sus mas firmes resoluciones la hace

co-

cometer todos los dias tantas faltas en los caminos de Dios; esta alma se halla infinitamente mas instruida en la ciencia de la oracion que los mismos Maestros y Doctores, y puede decir con el Profeta: *Super omnes docentes me intellexi.* (a) Habla con su Dios como un amigo con otro, se aflige de haberle desagradado, se reprehende el no tener todavia valor para dexarlo todo por servirle, no se ensalza por lo sublime de sus pensamientos, dexa hablar á su corazon, se entrega á todos los excesos de su amor en presencia del objeto que unicamente ama: al mismo tiempo que se distrae su espíritu, vela su corazon, y habla por ella; aun sus mismos disgustos, la sirven de oracion por los deseos que entonces se forman en su interior; se entenece, suspira, no puede sufrirse á sí misma, siente el peso de sus cadenas, se anima como para salir de ellas y romperlas, renueva mil veces sus protestas de fidelidad, se averguenza y se confunde de estar siempre prometiendo, y hallarse siempre infiel, y este es todo el secreto y toda la ciencia de su oracion; y en todo esto ¿qué cosa hay de que no sea capaz una alma fiel?

¿Quién enseñó á orar á nuestra pobre muger Cananéa? Una estrangera, una hija de Tyro y de Sidón, que ignoraba las maravillas de la ley, y los oráculos de los Profetas, que aun no habia oido de la boca del Señor las palabras de vida eterna, que todavia estaba sentada en las tinieblas de la ignorancia y de la muerte; con todo eso ora, no busca á los Apostoles para aprender de ellos las reglas de la oracion, su amor, su confianza, el deseo de ser oída la enseñan á orar, y todo el mérito y excelencia de su oracion consiste en la ternura de sus afectos.

Y á la verdad, Señores, que si para orar fuera preci-

ci-

(a) *Psalm. 118. v. 99.*

ciso levantarse á aquel sublime estado de oracion á que Dios eleva á algunas almas santas; si fuera menester ser arrebatado como San Pablo hasta el tercer cielo, para oír allí los inefables secretos que Dios no descubre al hombre, y que no es permitido al mismo hombre revelar; ó ser colocado como Moysés en la Montaña Santa sobre una nube de gloria, y ver á Dios cara á cara; esto es, si fuera menester haber llegado á aquel grado de union íntima con el Señor, en que el alma, como si estuviera ya despojada de su cuerpo, se levanta hasta el seno del mismo Dios, contempla despacio sus infinitas perfecciones, se olvida, por decirlo así, de sus miembros que dexa en la tierra, no la inquietan ni divierten las fantasmas de los sentidos, está fixa y como absorta en la contemplacion de las maravillas y de las grandezas de Dios, y participando ya de su eternidad, la parecería un siglo entero pasado en este feliz estado, un breve y rápido instante; si para orar, vuelvo á decir, fuera preciso estar favorecidos de estos dones raros y excelentes del Espiritu Santo, nos podriais decir como aquellos nuevos fieles de quienes habla San Pablo, que no los habeis recibido, y que aun ignorais qué espíritu es el que los comunica.

Pero la oracion no es don particular reservado á ciertas almas privilegiadas. Es una obligacion comun impuesta á todos los fieles; no es solamente una virtud de perfeccion, reservada para ciertas almas mas puras y mas santas, sino una virtud indispensable, como la caridad, tan necesaria á los perfectos como á los imperfectos, tan perceptible á los sabios como á los ignorantes, mandada tanto á los sencillos como á los mas ilustrados; es la virtud de todos los hombres, la ciencia de todos los fieles, y la perfeccion de todas las criaturas; todas las que tienen corazon capáz de amar al Autor de su sér, todas las que tienen razon capáz de conocer la nada de la criatura y la grandeza de Dios, deben saber
ado-

adorarle, darle gracias, recurrir á él, aplacarle quando está irritado, llamarle quando se aleja, mostrarse agradecidas quando las favorece, humillarse quando las castiga, y exponerle sus necesidades, ó pedirle gracias.

Por eso quando los discipulos pidieron á Jesu-Christo que los enseñase á orar: *Doce nos orare*, (a) no los descubre lo alto, lo sublime y profundo de los mysterios de Dios; solamente los enseña que para orar es preciso mirar á Dios como á un Padre amoroso y benéfico, tratarle con una familiaridad respetuosa, con una confianza mezclada de amor y de temor, hablarle el idioma de nuestras flaquezas y de nuestras miserias, no buscar mas expresiones que las de nuestro corazon, no querer subirnos hasta él, sino traerle á nosotros, exponerle nuestras necesidades, implorar su amparo, desear que todos los hombres le adoren y bendigan, que establezca su reyno en todos los corazones, que el cielo y la tierra estén sujetos á su voluntad santa, que vuelvan los pecadores á los caminos de la justicia, que los infieles lleguen al conocimiento de la verdad, que nos perdone nuestras ofensas, que nos defienda en las tentaciones, que alargue la mano á nuestra flaqueza, y nos libre de nuestras miserias. En esta divina oracion todo es sencillo, pero todo es grande, todo llama al hombre á sí mismo, y para imitarla no hay mas que hacer que conocer nuestras flaquezas, y desear librarnos de ellas.

Por eso dixe que la injusticia de la segunda disposicion, de donde nacia el pretexto fundado en que no sabemos orar, consiste en no conocer suficientemente las infinitas necesidades de nuestra alma: porque decidme, Católicos, ¿hay necesidad de enseñar á un enfermo á que pida su salud á un hombre que padece ham-

bre

(a) *Luc. II. v. I.*

bre á que solicite el alimento, á un desgraciado, combatido de la tempestad y á pique de naufragar, á que implore el socorro? ¡Ah! ¿No ofrece entonces expresiones por sí sola la necesidad? ¿No se hallan solamente en el dolor de los males que se padecen aquella viva eloqüencia, aquellos movimientos persuasivos, aquellas demostraciones expresivas con que se solicita el remedio? ¿Un corazon que padece necesita de maestro que le enseñe para saber como ha de quejarse? Todo habla en él, todo explica su dolor, todo anuncia su pena, todo solicita su alivio, aun su mismo silencio es eloqüente.

Decidme los que os quejais de que no sabeis lo que habeis de hacer para orar; en vuestras aflicciones temporales, quando una enfermedad peligrosa amenaza á vuestra vida, quando un acaecimiento no esperado pone en peligro vuestros bienes y vuestra fortuna, quando veis que la muerte está para quitaros una persona, ó querida ó necesaria; entonces levantais las manos al cielo, embiais á él vuestros gemidos y oraciones, os encomendais al Dios que hiere y sana: entonces sabeis orar; no vais á buscar fuera de vuestro corazon lecciones y reglas para aprender á exponerle vuestra pena, ni á consultar maestros hábiles que os enseñen lo que habeis de decir; no necesitais mas que de vuestro dolor; y vuestros males solos bastan para instruiros.

¡Ah! Católicos, si sintieramos las miserias de nuestra alma como sentimos las de nuestro cuerpo; si nos interesára tanto nuestra salud eterna como una fortuna de barro, ó como una salud fragil y perecedera, seriamos muy hábiles en el divino arte de la oracion; no nos quejariamos de que no se nos ofrece qué decir en la presencia de un Dios, á quien tanto tenemos que pedir; no necesitariamos de fatigar nues-
tro

tro entendimiento para hallar asuntos de conversacion con el Señor; nuestros males hablarian por sí solos; nuestro corazon se desharía, aun á pesar nuestro, en santos afectos, como el de la madre de Samuél delante del Arca del Señor. No seriamos dueños de nuestro dolor y de nuestras lágrimas; y la señal mas segura de que no tenemos fé, y de que no nos conocemos á nosotros mismos es, que no sabemos qué decir al Señor en el corto tiempo de la oracion.

Y verdaderamente, Católicos, ¿es posible que en la miserable condicion de esta vida humana, hallandonos rodeados por todas partes de tantos peligros, llenos de tantas flaquezas, y á pique de ser engañados cada instante por los objetos de la vanidad, corrompidos por las ilusiones de los sentidos, arrastrados por la fuerza de los malos exemplos, entregados á la tiranía de nuestras inclinaciones, al imperio de nuestra carne, á la inconstancia de nuestro corazon, á las desigualdades de nuestro entendimiento, á los caprichos de nuestra imaginacion, á las eternas variedades del genio, abatidos con las desgracias, ensoberbecidos con la prosperidad, entorpecidos con la abundancia, molestados con la necesidad, arrastrados de los abusos, consternados con los malos sucesos, lisonjeados con las alabanzas, enfurecidos con los desprecios, siempre indecisos entre nuestras pasiones y la obligacion, entre nosotros mismos y la ley de Dios, ¿es posible que en un estado tan deplorable no sepamos qué pedir al Señor, ni qué decirle, quando vamos á ponernos en su presencia? ¡Oh Dios mio! ¿cómo no haceis, ó que el hombre no sea tan miserable, ó que conozca mejor sus miserias?

Si me dixerais, amados oyentes míos, que no sabeis por donde empezar en la oracion; si me dixerais que son infinitas vuestras necesidades, que son tantas vuestras pasiones y miserias, que nunca acabaríais si quisierais exponerlas todas al Señor. Si me dixerais

que quando mas registráis vuestro corazón, mas llagas descubris en él, y halláis en vosotros mas corrupcion y mas desorden, y que desesperando de poder contar al Señor las infinitas circunstancias de vuestras flaquezas, le presentáis vuestro corazón todo entero, dexáis á vuestros males que hablen por vosotros, y haceis que todo el arte de vuestra oracion consista en vuestro abatimiento, en vuestro silencio, y vuestra confusion, y que por tener mucho que decirle, no le decís cosa alguna; si hablarais de este modo hablariais el idioma de la fé, y el lenguaje de un Rey penitente, que no atreviendose á hablar á Dios en la oracion á vista de sus delitos, decia: Señor, yo he callado en vuestra presencia, pero mi abatimiento y confusion han hablado por mí: *Obmutui, & humiliatus sum.* (a) Y entonces con esta confusion y esta verguenza se renovó el dolor de mis delitos: *Et dolor meus renovatus est.* Mi corazón, penetrado de mis ingraticudes, y de vuestras misericordias, se sintió inflamado de un nuevo amor á Vos: *Concaluit cor meum intra me, & in meditatione mea exardescet ignis.* (b) Lo mas que pude deciros, ó Dios mio, en el profundo abatimiento con que me tenía en vuestra presencia la vista de mis miserias fue, que todo hombre no es mas que un abismo de flaqueza, de corrupcion, de vanidad, y de mentira: *Locutus sum in lingua mea: Verumtamen universa vanitas, omnis homo vivens.* (c) Este es el silencio de compuncion que forma en la presencia divina la verdadera oracion.

¿Pero quién puede quejarse, amados oyentes míos, de que no tiene qué decir quando quiere orar? ¿pues qué! vuestros pasados delitos no os representan qué temer de los

(a) *Psalm. 38. v. 3.*

(b) *Ibid. 4.*

(c) *Ibid. 5. & 7.*

los juicios de Dios, ó que esperar de su misericordia quando os poneis en su presencia? Acaso toda vuestra vida ha sido un abismo de desórdenes, acaso habeis abusado de todo, de la gracia, de vuestros talentos, de vuestra razon, de vuestros bienes, de vuestras dignidades, y de todas las criaturas; acaso habeis pasado la mejor parte de vuestra vida en el olvido de Dios, en el desorden del mundo y de las pasiones; habeis envilecido vuestro corazón con unas amistades injustas, manchado vuestro cuerpo, empleado mal vuestros sentidos, desarreglado vuestra imaginacion, debilitado vuestros talentos, y aun extinguido el bien que en vuestra alma habian puesto unas inclinaciones naturales; ¿y es posible que esta memoria no os ofrezca nada en la presencia de Dios? ¿no os inspira como debeis recurrir á él para alcanzar el perdon de tantos delitos? ¿Y no tenéis qué decir á un Dios á quien tanto tiempo habeis ultrajado? ¡Oh hombres! es preciso, ó que no tenga remedio tu salvacion, ó que tengas otros medios para conseguirla mas que el de la clemencia y misericordia divina.

Pero paso mas adelante, amados oyentes míos; si haceis una vida christiana, si habiendo renunciado al mundo y á los placeres habeis por último entrado en los caminos de la salvacion, aun sois mas injustos si os quejais de que no halláis qué decir al Señor en vuestras oraciones. ¿Es posible que el singular favor que os hizo en abriros los ojos, en desengañaros del mundo, en sacaros de lo profundo del abismo, un beneficio tan raro, negado á tantos pecadores, no ha de formar en vuestro corazón, quando estais á sus pies, algunos deseos de agradecimiento? ¿Puede esta memoria dexaros frios é insensibles? ¿No ha de despertar afecto alguno de amor en vosotros la presencia de vuestro bienhechor, quando por otra parte os preciais de no haber olvidado jamás un beneficio, y ponderais tanto lo afectuoso y

excesivo de vuestra gratitud para con las criaturas?
 Por otra parte, si aun sentís aquellas infinitas inclinaciones, que no obstante vuestra mudanza de vida se oponen en vosotros á la ley de Dios, aquel trabajo que todavia experimentais en obrar bien, aquella fatal inclinacion que hallais dentro de vosotros á executar el mal, aquellos deseos de una virtud mas perfecta, que se quedan siempre sin efecto, aquellas resoluciones que siempre os hallan infieles, aquellas ocasiones en que siempre os hallais los mismos, aquellas obligaciones en que vuestro corazon halla siempre la misma repugnancia. En una palabra, si conoceis aquel inagotable caudal de corrupcion y flaqueza que conservais aun despues de vuestra conversion, y que tantas veces asusta vuestra virtud, no solamente tendreis de qué hablar al Señor en la oracion, sino que toda vuestra vida será una oracion continua. Todos los peligros que amenacen á vuestra flaqueza, todos los sucesos que hagan temblar vuestra fé, todos los objetos que renueven las antiguas heridas de vuestro corazon, todos los secretos movimientos que os avisen que el hombre de pecado vive todavia dentro de vosotros os harán que dirijais vuestros interiores suspiros á aquel de quien esperais la libertad; orareis en todas partes, como dice el Apostol: todo os llamará á Dios, porque en todas partes hareis reflexiones christianas sobre vosotros mismos. Por otra parte, amados oyentes míos, aun quando vuestras propias miserias no pudieran llenar el vacío de vuestras oraciones, acordaos en ellas de los males de la Iglesia, de la disension de los Pastores, del espíritu de scisma y rebellion que parece se forma en el Santuario, de la relajacion de los fieles, de la depravacion de las costumbres, de los funestos progresos de la incredulidad, y de la extincion de la fé entre los hombres; llorad los escándalos de que todos los dias sois testigos; quejaos
 al

al Señor, como el Profeta, de que todos le han abandonado, que cada uno busca sus propios intereses, que la misma sal de la tierra se ha vuelto insípida, y que aun la devocion se ha hecho comercio. Pedid al Señor la consumacion de sus escogidos, y el cumplimiento de sus fines para con su Iglesia; que la dé Principes religiosos, Pastores fieles, Doctores humildes é ilustrados, Directores instruidos y desinteresados; solitarios fervorosos, Virgenes puras y santas: pedid la paz de las Iglesias, la extirpacion de los errores, la conversion de los pueblos engañados con el espíritu de la heregía, que en lugar de la religion de sus padres han abrazado nuevas doctrinas.

¿Qué mas diré? pedidle la conversion de vuestros parientes, de vuestros amigos, de vuestros enemigos, de vuestros protectores, y de vuestros Señores; la conversion de aquellas almas á quienes vosotros mismos habeis servido de motivo de ruina y escándalo; de aquellas á quienes apartasteis en otro tiempo de la piedad con vuestras burlas y censuras; de aquellas que acaso deben su irreligion y su libertinage á la impiedad de vuestros pasados discursos; de aquellas cuya virtud ó flaqueza pervertisteis ó engañasteis con vuestros malos exemplos, ó con vuestras sollicitaciones. ¿Es posible que unos objetos tan grandes, tan funestos, y de tanto interés no han de poder excitar por un instante la atencion en vuestra alma, ó alguna sensibilidad en vuestro corazon? Todo quanto os rodea os enseña á orar; todos los objetos, todos los sucesos que veís al rededor de vosotros os proporcionan nuevas ocasiones de levantar vuestro espíritu á Dios. El mundo, el retiro, la Corte, la Ciudad, los justos, los pecadores, los sucesos públicos y particulares, la desgracia de unos, y la prosperidad de otros, y todo quanto se presenta á vuestra vista os dá motivo de gemir, de orar, y de agradecer; todo sirve de instruccion

cion á vuestra fé ; todo excita vuestro zelo ; todo contrista vuestra piedad ; todo avisa á vuestro agradecimiento. Y entre tantos motivos para orar , ¿ no sabeis en qué emplear un instante de oracion ? ¿ Y cercados de tantas ocasiones para levantar vuestro espíritu á Dios , no hallais qué decirle quando os poneis en su presencia ? Ah ! Católicos , qué lejos está Dios del corazón , que tanto repugna el conversar con él , y qué poco se ama á un superior y á un amigo á quien no hallamos nada que decir !

Y esta es la última y principal razon de que seamos tan inhabiles para orar. No sabemos orar ni hablar con nuestro Dios , porque no le amamos. El corazón que ama sabe muy bien lo que ha de hacer para hablar y grangearse la atencion del objeto amado , y no se detiene mucho en pensar lo que le ha de decir , ni aun puede decirle todo lo que siente. Ordenemos pues , Católicos , nuestro corazón , pongamos en él á Dios en el lugar del mundo , y entonces no se hallará como extraño en la presencia de Dios ; el desorden de nuestros afectos es unicamente el que nos imposibilita para orar : no sabemos pedir los bienes eternos , porque no los amamos : no sabemos meditar en las verdades , porque no nos gustan : no sabemos qué decir á Dios , porque casi no le conocemos ; ignoramos como hemos de pedir las gracias que no deseamos ; no sabemos instar para obtener la libertad de las pasiones , porque no las aborrecemos : en una palabra , la oracion es el idioma del amor ; y no sabemos orar , porque no sabemos amar.

Pero acaso , me direis : ¿ depende de nosotros el tener gusto para la oracion ? ¿ Y cómo hemos de orar quando nos hallemos con unos disgustos y unas distracciones de espíritu de que no somos dueños , y que nos hacen insufrible la oracion ? Segundo pretexto , sacado de los disgustos y dificultades de la oracion.

SE-

SEGUNDA PARTE.

UNO de los mayores desordenes del pecado es sin duda aquella repugnancia y natural disgusto que tenemos á la oracion ; el hombre en el estado de la inocencia hubiera tenido todas sus delicias en conversar con su Dios ; todas las criaturas serían para él un libro abierto , en que continuamente meditaría sus obras y maravillas ; sus sentidos estarían sujetos á su razon , y nunca podrían distraerle contra su voluntad de la dulzura y suavidad de su divina presencia : toda su vida hubiera sido una continua contemplacion de la verdad ; y la felicidad de su inocencia hubiera consistido en que el Señor se le estaria continuamente comunicando , y él nunca le perdería de vista.

Es preciso , pues , que el hombre esté muy corrompido , y que el pecado nos haya mudado extraordinariamente , pues nos ha convertido en trabajo lo que debiera ser nuestra felicidad. Es verdad , ojalá no lo fuera , que casi todos nosotros tenemos en lo profundo de nuestra naturaleza este disgusto y esta repugnancia á la oracion , y que este es el pretexto mas comun que oponemos al cumplimiento de una obligacion tan esencial á la piedad Christiana. Aun las mismas personas á quienes la práctica de la virtud debiera hacer mas suave y familiar el uso de la oracion , se quejan todos los dias de los continuos disgustos y distracciones que padecen en este santo exercicio , de modo que le miran como una obligacion onerosa , ó como una molestia inutil ; procuran abreviar los instantes , y quando vén acabarse este tiempo molesto y repugnante , les parece que se han libertado de un pesado yugo.

Peró yo digo que no hay cosa mas injusta que el apartarse de la oracion por causa de los disgustos

Tomo III.

Kk

y

y distracciones de espíritu, que nos la hacen penosa y desagradable; porque estos disgustos y estas distracciones nacen, ó de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades, ó del poco uso que hacemos de la oración, ó finalmente de la misma sabiduría de Dios, que nos prueba y quiere purificar nuestros corazones, negandonos por algun tiempo los consuelos sensibles de la oración.

Sí, Católicos, la primera y mas comun raíz de los disgustos y sequedades de nuestras oraciones es la tibieza, y la infidelidad de nuestra vida. Verdaderamente es injusticia el querer ir á la oración con un espíritu sereno y tranquilo, con una imaginación sosegada, y libre de todas las vanas fantasmas que la agitan, con un corazón movido y dispuesto á gustar de la presencia de su Dios, quando toda nuestra vida, aunque parezca virtuosa á los ojos de los hombres, es una distracción continua; quando vivimos en medio de unos objetos los mas á propósito para alterar la imaginación, y para hacer en nosotros unas vivas impresiones que nunca se borren. En una palabra, quando conservamos en nuestro corazón mil injustas aficiones, que no nos parecen del todo culpables, pero nos perturban, nos dividen, nos ocupan, y entibian en nosotros, ó nos quitan del todo, el gusto de Dios y de las cosas eternas.

¡Ah Católicos! Si las almas mas retiradas y mas santas, si los solitarios penitentes, si un Antonio en lo mas retirado de los desiertos, si un Gerónimo extenuado con continuas maceraciones, y con trabajosos estudios, si un Benito purificado con un largo retiro, y con una vida absolutamente celestial, hallaban solamente en la memoria de sus pasadas costumbres imagenes molestas, que hasta en lo mas retirado de sus soledades turbaban la dulzura y tranquilidad de su oración, ¿cómo hemos de querer nosotros que en una

una vida, que aun quando sea regular, toda está llena de iniquidades, de ocasiones que nos arrastran, de objetos que nos distraen, de tentaciones que nos turban, de conversaciones que nos inquietan, de deleytes que nos lisongean, de temores ó esperanzas que nos agitan; ¿cómo hemos de querer hallarnos repentinamente en la oración unos nuevos hombres, purificados de todas aquellas imagenes que poco antes mancharon nuestro espíritu, libres de todas aquellas aficiones que acababan de dividir, y acaso corromper nuestro corazón, tranquilos y sin aquellas agitaciones que acababan de hacer tan violentas y peligrosas impresiones en nuestra alma; y que olvidandonos por un instante de todo el mundo, y de todos los vanos objetos que acabamos de dexar, quando todavía los llevamos en la memoria y en el corazón, nos hallemos repentinamente elevados en la presencia de Dios á la meditación de las cosas celestiales, penetrados de el amor de los bienes eternos, llenos de compuncion por las infinitas infidelidades que aun amamos, y con una tranquilidad de espíritu y de corazón que algunas veces no se logra ni aun en medio del mas profundo retiro, y del mas riguroso desasimiento? ¡Ah Católicos! ¿qué injustos somos, y cómo algun dia las quejas que continuamente damos contra las obligaciones de la devoción se volverán en terribles cargos contra nosotros mismos!

Quiero profundizar mas esta verdad, y circunstanciarla de modo que se os haga mas patente. Os quejais primeramente de que vuestra imaginación, que es incapáz de estar un instante atenta en la oración, se distrae continuamente en ella, y huye contra vuestra voluntad. ¿Pero cómo quereis que esté atenta y recogida, si todo lo que haceis la distrae y la disipa, si en ninguna de las acciones de vuestra vida os acordais de vosotros mismos, y si no os acostumbrais á